

*Extraído de la Biblia: Libro del Pueblo de Dios.*

**San Máximo el Confesor (c. 580-662)**

monje y teólogo

*Capita theologica, 1, 8-13 : PG 90, 1182-1186.*

**«¿No es el Hijo del Carpintero?»**

El Verbo de Dios ha nacido por todos una vez según la carne . Pero, a causa de su amor a los hombres, desea nacer sin pararse según el espíritu en estos que le desean. El se hace niño pequeño y se desarrolla en ellos al mismo tiempo que las virtudes; se manifiesta en la medida en que sabe que el que le recibe es capaz. Actuando de este modo, no puede tener celos el que espera el brillo de su propia grandeza, porque él capacita y mide la capacidad de estos que desean verle. De este modo el Verbo de Dios se revela siempre a nosotros a la manera que nos conviene y sin embargo vive invisible en todos, por la inmensidad de su misterio. Por esto el Apóstol por excelencia, considerando la fuerza de este misterio, dice con sensatez: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y siempre» (Hb 13,8); contempla este misterio siempre nuevo que la inteligencia jamás terminará de escrutar... La fe sólo puede comprender este misterio, ella que está en el fondo de todo lo que desborda la inteligencia y desafía la expresión.

*Extraído de la Biblia: Libro del Pueblo de Dios.*

**Santa Catalina de Siena (1347-1380)**

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

*Carta 55, al conde, hijo de Dama Agnola (Lettres I, Téqui, 1976), trad. sc@evangelizo.org*

**En el campo de batalla de esta vida**

Queridísimo hijo, en Cristo, el buen Jesús: Yo, Catalina, servidora y esclava de servidores de Jesucristo, le escribo en su preciosa Sangre. Con el deseo de verlo verdadero caballero pronto a dar su vida por Jesús crucificado. Usted está ubicado en el campo de batalla de esta vida tenebrosa, en la que estamos continuamente en disputa con nuestros enemigos. El mundo nos persigue con sus riquezas, dignidades, honores y nos hace creer que son sólidos y duraderos. En realidad, desaparecen y pasan como el viento. El demonio nos ataca con sus tentaciones - llevándonos a injuriar- y secuestra al bien, con el fin que olvidemos la caridad con el prójimo. Desde el momento que perdemos el amor, perdemos la vida. La carne nos atormenta con su fragilidad y sus movimientos, para quitarnos la pureza. Y al estar privados de pureza, estamos privados de Dios. Nuestros enemigos nunca duermen, están siempre prontos para perseguirnos. Dios lo permite para darnos siempre la ocasión de tener mérito y con el fin de eliminar la somnolencia de la negligencia.

*Extraído de la Biblia: Libro del Pueblo de Dios.*

### **San Teodoro el Estudita (759-826)**

monje en Constantinopla

*Catequesis 37 (Les Grandes Catéchèses, col. Spiritualité orientale 79, Bellefontaine, 2002), trad. sc@evangelizo.org*

### **¡Grande es el carisma de la humildad!**

Hijos míos: ¡Grande es el carisma divino de la humildad! Los santos, pudieron agradar a Dios por esta cualidad primera. También ustedes revístanse de ella (cf. 1 Pe 5,5), mis hermanos. (...) Conversemos con humildad, trabajemos con humildad, leamos con humildad, salmodiemos con humildad, comamos con humildad, disculpémonos con humildad. Entonces en verdad veremos cuanto su fruto es grande, cuanto es suave, deseable y nos ilumina enteramente, haciendo de nosotros imitadores de Dios. “Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio” (Mt 11,29), dice el Señor. Así es, en la humildad se encuentra realmente el alivio. Por la humildad, el océano de la gracia se expande en las almas. Por ella se eleva la purificación del corazón, las lágrimas se hacen abundantes, surgiendo de la fuente de la compunción. Con la humildad aparecen sabiduría e inteligencia, piedad, dominio de sí, ausencia de jactancias o burlas, recogimiento y todo bien que pueda existir o ser nombrado y definido. Este es nuestro pensamiento sobre la humildad. En cuanto a ustedes, hijos de Dios y de nuestra humilde persona, reciban las semillas y porten fruto como la buena tierra, con treinta, sesenta y cien por uno (cf. Mt 13,8; Jn 15,8.16), realizando las buenas acciones que corresponden a sus carismas.